

**Neiberg, M. (2006) *La gran guerra. Una historia global (1914-1918)*.
Barcelona: Paidós. 368 páginas.**

Por Juan Luis Besoky

Neiberg es Doctor en Historia por la Carnegie Mellon University y actualmente se desempeña como Profesor de Historia y Co-Director en el Centro para el Study of War and Society de la University of Southern Mississippi. Es autor de varios libros sobre la primera guerra mundial. El libro que reseñamos, publicado en inglés en Estados Unidos en 2005, trata sobre la Primera Guerra Mundial desde la historia militar. Comienza directamente con la invasión alemana y la batalla del Marne para a continuación ir desgranando en sus trece capítulos los diferentes frentes de batalla. En su desarrollo hay poco espacio para el análisis de las alianzas anteriores que provocaron el estallido de la guerra o para las consecuencias de la misma. Escrito de manera ágil el libro de Neiberg funciona como una sencilla introducción a las características bélicas del conflicto.

En el primer capítulo el autor narra la invasión alemana sobre Bélgica, cuya innovación fue el bombardeo mediante zepelines que convirtieron a Lieja en la primera ciudad europea en ser atacada desde el aire. También se hizo presente una campaña premeditada de terror sobre la población civil como consecuencia del desconcierto que padeció el ejército alemán frente al accionar de fuerzas irregulares belgas (los fran tireurs - francotiradores). La ciudad de Lovaina fue la primera en padecer las consecuencias de esta campaña de terror (Schrecklichkeit) cuando los alemanes fusilaron al alcalde, al rector de la universidad y a todos los oficiales de policía. Luego quemaron varios edificios, incluyendo la biblioteca de la universidad, para continuar deportando a campos de trabajo y fusilando a otros miles de



ciudadanos belgas. Este accionar sin embargo no le alcanzó a Alemania para conquistar toda Bélgica ni para llegar a París. Producto del uso de una nueva tecnología, la ametralladora, los franceses e ingleses lograron detener el avance alemán en el Marne, adquiriendo la guerra a partir de entonces el carácter de frentes estáticos con largos kilómetros de trincheras a cada lado. El capítulo III retoma el estancamiento del frente occidental, la guerra de trincheras y el uso de armas químicas, utilizadas por primera vez por los alemanes en Ypres en abril de 1915.

Los capítulos II y IV se centran en el frente oriental, narrando los enfrentamientos entre Rusia y Alemania y entre Austria-Hungría y Serbia. Allí la guerra conservó un carácter móvil (a diferencia del frente occidental) pareciéndose más a las guerras de los siglos XVIII, donde la enfermedad, las largas marchas y el combate cuerpo a cuerpo predominaron. Las frustraciones en el frente oriental obligaron a los generales y políticos a buscar otros lugares para forzar el desenlace. El lugar elegido, a propuesta de Churchill, fue Gallípoli. El plan consistía en hacer cruzar a toda prisa el Estrecho de los Dardanellos a un escuadrón de la Marina y amenazar Constantinopla. Este procedimiento se intentó varias veces, con pésimos resultados, e implicó el costo de 250 mil vidas entre británicos y franceses, quienes finalmente se retiraron.

En los capítulos V y XI Neiberg aborda dos temas. Por un lado “el nudo georgiano de la guerra”: la neutralidad norteamericana. Esta estuvo relacionada con las consecuencias de la guerra submarina. Mientras que la Royal Navy británica se dedicó al bloqueo de superficie contra Alemania con el propósito de privarla de alimentos y bienes de equipo del exterior, ésta respondió con el uso intensivo de submarinos contra las líneas de suministros británicas. El submarino tenía la particularidad de no respetar las leyes de la guerra en lo relacionado con los hundimientos, apresamientos y trato a las tripulaciones. Esto sumado a que la práctica de sólo hun-



dir barcos de guerra fue abandonada el 4 de febrero de 1915 cuando Alemania declaró la guerra submarina ilimitada (GSI). A partir de allí todo tipo de embarcaciones, incluyendo las neutrales, fueron objeto de ataque. Esto provocó la queja de Estados Unidos, país neutral, quien luego de enérgicas protestas y amenazas de entrar en guerra logró que las autoridades alemanas suspendieran la GSI en septiembre de 1915. Esta suspensión duró hasta enero de 1917 cuando el alto mando alemán decidió retomarla con la promesa, hecha al káiser, de lograr derrotar a gran Bretaña por el hambre en seis meses, antes de que cualquier soldado norteamericano llegue a Europa. Como sabemos, la GSI no logró sumir a Gran Bretaña en la inanición y aceleró el ingreso yankee en la guerra.

El otro tema que aborda el autor, en los capítulos V y XI, son los otros frentes de la guerra en las colonias en África, Medio Oriente y Asia. Precisamente en Medio Oriente se producirá la rendición más numerosa de la historia británica cuando sir Charles Townshend al mando de una fuerza conjunta de británicos e hindúes fracase al intentar tomar Bagdad, debiéndose rendir junto con sus casi 10 mil hombres a los turcos. Posteriormente el oficial T. E. Lawrence lograría junto el apoyo árabe poner fin a cuatro siglos de dominio Otomano en La Meca, Bagdad y Jerusalén. En África se dio un enfrentamiento propio de la guerra de guerrillas entre la comunidad bóer antibritánica, que se unió a los alemanes, y las autoridades británicas en Sudáfrica. Allí Botha, el primer ministro sudafricano logró derrotar a Alemania y unificar a los colonos blancos para la subyugación de la mayoritaria población negra de la región. En el África oriental alemana, último escenario de la guerra en el continente, un hábil especialista en guerra de guerrillas, Paul von Lettow-Vorbeck, se adentró en Kenia al mando de una fuerza de soldados askari africanos y logró mantener en vilo a los británicos hasta que finalmente se rindió en noviembre de 1918 cuando se enteró del fin de la guerra.



El capítulo VI narra la entrada de Italia a la guerra y la agonía de Verdún. En esta última ciudad se produjo un aspecto decisivo del conflicto: la guerra de desgaste. Verdún no poseía en sí misma ningún valor estratégico sino meramente simbólico, y precisamente por eso fue elegida para desencadenar la ofensiva. Los alemanes buscaban atacar al ejército francés en un lugar donde no les quedase más remedio que combatir hasta el límite para recuperarlo. Según refiere Neiberg, el general alemán Erich von Falkenhayn “propuso introducir la guerra de desgaste a escala descomunal en el frente occidental. Lo que le preocupaba no era romper las líneas enemigas ni ganar terreno ni avanzar hacia los nudos de comunicaciones; en su lugar, lo que buscaba era matar a los franceses con más rapidez y eficacia de la que estos pudieran emplear en eliminar a los alemanes”. No es de extrañar que Falkenhayn haya sido el impulsor de esta estrategia, él mismo había introducido el gas venenoso en Ypres, y bregado vehementemente por la guerra submarina ilimitada y había propiciado un plan para el bombardeo aleatorio de ciudades aliadas. De esta manera, después de 10 meses de intensos enfrentamientos, la batalla de Verdún finalizó con 162 mil franceses muertos y 142 mil alemanes. Sin embargo el plan de Falkenhayn fracasó ya que la guerra terminó desgastando a ambos bandos por igual.

El capítulo VIII se centra en el desmoronamiento del Este con el ingreso de Rumanía a la guerra en el bando aliado en agosto de 1916 y su rápida derrota cuatro meses después. El derrumbe del Este se completa con el triunfo de la Revolución Rusa y la retirada de la guerra concediéndole a Alemania todo lo que pidió. El capítulo IX relata la entrada de EEUU a la guerra con la aprobación del Congreso en respuesta a la reanudación de la guerra submarina ilimitada, y la inútil ofensiva francesa en Chemin des Dames donde se hicieron presentes los amotinamientos. El capítulo siguiente relata otra inútil ofensiva, esta vez a cargo de los británicos, en



Paschendaele, y el desastre italiano en Caporetto, donde las fuerzas austrohúngaras penetraron fácilmente varios kilómetros logrando 275 mil prisioneros italianos, la captura de variado material bélico y el completo desmoronamiento del ejército italiano que finalizó con 350 mil desertores.

El capítulo XII se centra en las ofensivas de Ludenddorf en el frente occidental aprovechando la rendición de los rusos y el enfrentamiento contra las recién llegadas tropas estadounidenses en las afueras de París. Finalmente en el último capítulo XIII Neiberg relata los cien últimos días de la guerra con el avance aliado hacia la línea Hinderbung y los inicios de las negociaciones de paz en medio de los motines generalizados en Alemania.

